

Va mejorando nuestra fortuna. Gozamos de la consideración y aprecio de cuantos nos rodean y esto es una parte de los beneficios de Dios me concede. Siempre debiera estar de rodillas para darle gracias ó al menos ocuparme continuamente de mis deberes proclamando su gloria, y empleando por El todos los instantes que me concede y que tan buenos son, entretanto que otros sufren amargamente.

Dios porque es eterno es paciente; esta frase no sé si de Bossuet, ó de San Agustín y la recuerdo estos días al reflexionar sobre la caída de Napoleón; ¡Qué ejemplo de la divina justicia!

¡Cuántas ambiciones ha despertado el ver este coloso de la gloria elevado sobre el inicuo pedestal de barro! Europa entera parecía humillada bajo su poder; no tenía él más que desear y emprender cualquier cosa, para verla realizarla antes de que su misma ambición pudiera apetececer. Mientras fué instrumento divino, nada pudo sostener el curso de sus conquistas, de sus devastaciones, del trastorno general que parecía efectuarse por él, sobre toda la superficie del globo. No podía decirse, á cual virtud lo debía, porque la iniquidad le llevaba encadenado á un desenlace ruidoso y brillante á la vez ciertamente. Pero vosotros los que, alucinados por esa gloria admiráis al coloso de la maldad, escuchad; escuchad, sí, un momento; atended un instante y veréis este prodigio dislpado, desvanecido, destruído en menos tiempo del que necesitó para elevarsel. ¿Dónde encontrar el rastro de su paso? Porque habéis de saber que le servirá de mortaja lo mismo que se ha dado en llamar su gloria, para ser ente-

rrado bajo las ruinas de diversas naciones y de montones de cadáveres, sacrificados á su ambición desmedida, á su crueldad sin límites.

Empieza á renacer el reinado de San Luis con la ayuda y bajo la protección Divina.

Ensalcemos la bondad de Dios con cánticos de alabanza que resuenen sin cesar sobre la tierra.

¡Que todas las madres enseñen á sus hijos himnos de gloria y de ventura que ensalcen y glorifiquen la paz y la armonía!

*
**

Desde luego se comprenderá que un hijo cuya sangre era la de madre semejanie, y que además había estudiado en la historia la antigua libertad, no fuera jamás partidario de Napoleón Bonaparte.

XC

9 de Mayo de 1814.

Ha sido nombrado mi esposo miembro de una comisión que debe ser portadora de la adhesión del consejo general del departamento á los pies del trono; partieron el 28 de Abril. Voy á salir inmediatamente para Lyón; pues quisiera estar allí para ver pasar á la señora duquesa de Orleans, que se dice vendrá dentro de pocos días.

*
**

Este viaje no se efectuó, porque mi padre volvió de París despnes de haberme visto los principes, á los cuales era y fué invariablemente adicto, pero

sin alardear de ello. Se le ofrecieron grados y pensiones á los que tenía derecho y que fueron repartidas entre los oficiales que igual que él se habían separado de sus regimientos por no jurar lo contrario á lo que su conciencia les dictaba. Todo lo rehusó mi padre, pues decía que no quería agravar el estado de la nación, cobrando un sueldo que en aquellos momentos no necesitaba, tanto más cuanto la Francia se encontraba arruinada por el pago de tanta indemnización como los invasores exigían. Léese en el *diario* de mi madre, su admiración vivamente expresada por el modesto y patriótico desinterés de mi padre. Pasadas estas agitaciones vuelve á la soledad donde únicamente goza su alma de completa tranquilidad.

XCI

Milly, sábado 17 de Junio,

Sólo en este pueblo me parece que gozo de paz y encuentro libre mi espíritu. Aquí solamente puedo darme cuenta de todo lo que pasa por mi alma, sobre todo durante las excursiones solitarias que acostumbro á hacer por la campiña. He estado aquí dos días, y vuelvo á partir esta noche á pesar mío. El campo es delicioso en este tiempo; yo estoy siempre alegre en la época que atravesamos; alegre he dicho, ¡quién sabe si algún grave pesar moral mata mi dicha! A bien que existen pocos pesares y sufrimientos que los deliciosos hechizos de la naturaleza no consigan hacer olvidar.

Dice Mme. Stäel, en un libro que ayer leí, que para compenetrarse de la Naturaleza es preciso a-

mar á la religión. ¡Oh! ¡sí! es indispensable la religión para disfrutar de los beneficios que Dios proporciona. Por otra parte, ¿no llena nuestros corazones por entero? ¿No es todo amor? ¡Oh! ¡cuánto compadezco á las almas heladas y secas, que no han sido calentadas jamás por su divino entusiasmo! Los que poseen estas almas carecen de sentidos. Algunas veces he reflexionado sobre esta idea que tengo: ya no sé si estoy en un error, porque puede ser que haya, tal vez para ellas, en la eternidad otro género de felicidades mas tranquilas y menos inefables que las que serán otorgadas á las almas ardientes y sensibles, que parecen haber recibido mayor cantidad de espíritu de vida y de amor; pero así tampoco serán ellas más reprehensibles, si desprecian sus tesoros ó si los prodigan tontamente á viles criaturas que no pueden dar en cambio otra cosa que la muerte y la nada! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! yo he probado frecuentemente y con grande amargura, este error cruel que se encuentra siempre adherido á todo lo que no es Vos. Haced que yo renuncie á semejante error, que yo sea vuestra en todo tiempo y lugar. Semejante dicha la he yo reconocido y no ha faltado jamás, siempre que la he buscado en su único origen: en Vos mismo.

Todos los jóvenes de la nobleza y de la clase media realista, se han afiliado en la guardia de Corps. Mi hijo Alfonso también pertenece á este distinguido cuerpo, y está muy satisfecho de haber ingresado en el ejército: yo también estoy muy contenta, al menos está ocupado en algo. Cuando no presta servicio en las Tullerías, permanece en Beauvais, y dice que pronto vendrá á pasar con nosotros el co-

rrespondientesemestre de licencia. No creo que permanezca mucho tiempo en el cuerpo, á pesar de su ardor de militar porque tiene la imaginación demasiado viva y el espíritu demasiado inquieto para amoldarse á la disciplina de los tiempos de paz. Su padre, sus tíos y yo, estamos muy contentos de que haya dado, como todos, pruebas de fidelidad á los Borbones; siempre será ello pasar algunos años, después..... quién sabe lo que ocurrirá. El príncipe de Foix, su jefe, está, según dicen, encantado de su figura. Le han nombrado inmediatamente instructor del picadero; estará en su elemento porque, después de los libros, lo que más ama son los caballos. Su entusiasmo por la equitación es delirante.

Por espacio de algunos días, se interrumpe la relación del *diario*.

XCII

25 Marzo de 1815, día de Pascua.

¡Qué diferencia entre el día de hoy y el de igual fecha del año pasado! Nuestra paz ha sido un sueño solamente.

XCIII

22 de Julio de 1815.

¡Con razón decía yo que nuestra paz había sido un sueño solamente! ¡Cuán cruel ha sido al despertar! Otro sueño de desdichas que ha durado tres meses; pero volveremos otra vez, así lo espero, á ser dichosos. ¡Quiera Dios que así sea para todos! La vuelta de Bonaparte nos ha costado muchísima sangre. La Francia está arruinada. Tenemos todavía en

nuestro suelo muchísimas tropas extranjeras, y temo que el tratado no esté firmado aún, pero entre tanto las condiciones son crueles. Esta es nuestra situación.

No he de repetir aquí todos los acontecimientos surgidos durante estos últimos ocho meses; demasiado escritos quedarán en todas partes. Solamente diré que á los primeros rumores de la vuelta de Bonaparte, Alfonso corrió á París á donde le llamaban sus aficciones y su deber; que acompañó al rey hasta Béthune en medio de las mayores penas y fatigas; que una vez allí, después de recibir la licencia y las gracias de los príncipes, volvió á reunirseles rodeado también de grandes peligros; y que, algún tiempo después, volvió á salir para Suiza. Pero ocurrió la batalla de Mont-Saint-Jean, regresaron nuestros príncipes, y regresó también Alfonso á la patria, dirigiéndose á París donde actualmente se encuentra haciendo las diligencias necesarias para obtener un objeto diplomático. Abrigamos muchas esperanzas de conseguirlo.

¡Qué horribles angustias hemos pasado! Basta decir que Mácon ha sido tomado á mitad de la noche, que yo desperté á las dos de la madrugada entre el espantoso estruendo de los cañones, obuses y fusilería, vivísimo en todas las calles, y los más siniestros gritos de desesperación y de dolor. Nos creíamos todos perdidos. Me levanté de la cama é hice levantar á Cesarina, la única de mis hijas que se encontraba conmigo á la sazón, y una y otra puestas de rodillas ante un Santo Cristo, esperábamos el momento del sacrificio ofreciendo nuestras almas á Dios,

Luego pareció irse calmando todo. Los austriacos quedaron trinfantes, pero no abusaron de la victoria; hubo algunas casas saqueadas, pero fueron aquellas en que se defendió el enemigo. Nosotros no recibimos el menor daño personal, gracias á Dios, pero materiales, ¡tenemos ya sufridos tantos!

He aquí lo que me ocupó después del 17 de Septiembre: Cecilia, hace como cinco semanas, tuvo una niña que se cría ella misma y se llama Celenia. Todo sigue muy bien. Alfonso sigue en París aún. Tanto como deseamos las mujeres ser madres, y ¡ay! el serlo en estos tiempos hace temblar el espíritu más fuerte.

XCIV

Nuevamente sonrío á mi madre la dicha, y sólo satisfacción y contento rebosan sus escritos. El día 15 de Octubre de 1815, se publicaron los esponsales de su segunda hija Eugenia, con M. Coppens de Hondchoote, joven oficial, lugarteniente coronel del regimiento que guarnece Mácon, hijo del antiguo señor de la villa de Hondchoote en Flandes. Una simpatía mutua condujo el asunto rápidamente á su desenlacs. Celebróse la boda en Mácon en el mismo día en que se inauguró una iglesia nueva. En la descripción de esta ceremonia de familia se adina una alegría maternal inexplicable.

*
*
*

Acordóse que la boda se celebraría en la iglesia nueva que debía bendecirse en igual día; pertenecemos á esta parroquia, y estaba muy cerca de

nuestra casa. Luego, después de la bendición nupcial, que atrajo mucha gente á la iglesia, nos retiramos. Todos mis hijos venían junto á mí; Cecilia y Alfonso habían llegado hacía poco; mi pequeñita Alicia estaba también; el tiempo era precioso: nos acompañaba toda la oficialidad con su música tocando alegres aires. Eugenia estaba encantadora: llevaba un vestido de tul bordado, un velo de raso blanco, una guirnalda de lirios y rosas blancas, y un ramo de las mismas flores; estaba verdaderamente hermosa. Su marido, que tiene una arrogante figura, iba radiante de satisfacción. Las calles estaban atestadas de gente así como la iglesia y sus alrededores; al volver tuve muchísimo miedo de que hubiese alguna desgracia, pero se tomaron muchas precauciones para evitar los accidentes que la aglomeración de gente pudiera ocasionar.

Casi todo el pueblo estaba invitado á pasar la velada en nuestra casa. Como es natural, hube de trabajar mucho para preparar el recibimiento á tan numerosa concurrencia. Había dispuesto la sala comedor, que es muy grande, para salón de baile; la hice tapizar de un tejido verde, é iluminar muy bien. El coronel nos mandó la música del regimiento, que fué colocada en una habitación contigua, produciendo muy buen efecto, combinada con el salón; mandé quitar la cama de mi cuarto que es muy espacioso, é hice colocar una mesa para setenta cubiertos aproximadamente, y otras dos en la que podían acomodarse otros tantos entre una y otra. En un gran gabinete, situado junto á mi dormitorio, había igualmente otra mesa para que los caballeros pudieran cenar á media noche con

toda la libertad. Todo esto me dió mucho trabajo ciertamente, pero yo lo hice con mucho gusto y todo salió perfectamente. Todo el mundo se retiró á la hora conveniente; estuve bastante agitada y no fui yo seguramente la única. Cesó la algazara, acompañamos á los novios al dormitorio y yo me retiré igualmente, después de rogar á Dios por mis hijos y por mí.

Al día siguiente, asisti á la misa mayor, en que oí un buen sermón pronunciado con todo motivo de la inauguración de la nueva iglesia.

XCV

19 de Junio de 1817

Mi hijo Alfonso se encuentra en este momento viajando en la Saboya, acompañado de la familia Maistre, cuyo sobrino, M. Luis de Vignet, persona distinguidísima, es muy amigo de él. Este joven, de grande ingenio y mucho talento, como el que yo supongo en mi hijo, tiene como él también, un carácter algo melancólico. Me recuerda la figura que yo atribuí en mi juventud á Werther, de Goethe; pero él es, como su familia, muy cristiano.

Esta amistad, bajo esta correspondencia me satisface por mi hijo, que tiene necesidad de buenos ejemplos de fe positiva, porque su religión, demasiado libre y demasiado vaga al mismo tiempo, me parece producida por el sentimiento y no por la fe.

.....
Como ya tengo indicado, mi hijo solicita un empleo diplomático; mi hermano mayor y yo hemos despertado en él este deseo que le cuesta buenos

disgustos. Como quiera que en París no tenemos una protección directa para abrir las puertas de las personas influyentes, y nuestro nombra, aunque digno, no es de gran resonancia para llamar la atención de los ministros, perdemos el tiempo. Alfonso se cansa é impacienta, no pudiendo obtener una ocupación activa para su espíritu; y sus disgustos recaen sobre mí y me afligen mucho.

XCVI

20 de Junio de 1817

Hoy me han hecho una proposición de matrimonio para mi hija tercera, Cesarina. El joven que ha pedido su mano, creo yo que le conviene bajo todos conceptos; á mí me agrada mucho. Se llama M. de***, y pertenece á una conocida familia parisiense, ligada ya de antiguo con la mía. Cesarina posee una belleza deslumbradora, completamente italiana; muchos dicen que los rasgos de su fisonomía son los de una creación del pintor Rafael de Urbino, que se conoce por la *Fornarina*. Yo no sé lo que de esto habrá de cierto, pero si sabré decir, que es una hermosa criatura físicamente considerada, y lo que es algo mejos, muy franca, sencilla, y altamente simpática á todo el mundo.

Mi cuarta hija Susana, será más hermosa aún, pero el género de su belleza será completamente distinto; es la estatua del candor y la virginidad.

Sofía, menos seductora á primera vista, promete, sin embargo, atesorar también grandes atractivos y ciertas cualidades de alma por complemento,

superiores á todos los hechizos. ¡Oh! ¡qué hijas me ha concedido Dios! ¡Parece que la Providencia y la Naturaleza se hayan puesto de acuerdo para favorecerme con sus dones! ¡Qué cuentas deberá rendir esta madre al Señor de cielo y tierra!

XCVII

Junio de 1818

Mucho trabajo me cuesta el favorecer las inclinaciones hacia el apreciable joven M. de***, á quien estimo en mucho á causa de sus excelentes cualidades y lo quisiera para esposo de mi hermosa Cesarina.

La familia de mi marido se opone á este matrimonio por razones sociales de bien poca monta por cierto, pero yo tengo la seguridad de que habrían de ser felices uno y otro. El no tiene fortuna, es verdad, pero yo les tendría en mi casa. Estoy obligada á esconder á la familia de mi esposo la inclinación que siento por esta alianza, pero si yo lo hiciese, al parecer, cierta violencia, no podría llegar jamás á conseguir la unión de estas pobres criaturas. Entre tanto me está ello pensando en la conciencia; tal vez he cometido un error dejando entrever á estos tiernos corazones que al fin se unirán. He consultado sobre este particular con un hombre que merece toda mi confianza y me lo ha aprobado. ¡Dios mío! haced que resplandezcan mis intenciones: Vos sabéis que son buenas.

El joven de***, se muestra más cariñoso y solícito que antes; son sus visitas tan frecuentes que te mo despierten celos en la familia; no obstante, cuando creo que sus visitas pueden llamar la aten-

ción, le recibo con alguna frialdad; y él, comprendiendo mis indicaciones perfectamente, obra como hombre discreto que es y de virtud irrochable. ¿Qué es lo que sucederá? ¡cuántos tormentos ocasiona eso de haber dos espíritus distintos en una misma familia, sobre motivos del trascendencia! Encuentro que no se consulta lo suficiente al corazón en nuestra sociedad francesa, cuando se trata de un acto tan importante como es el del matrimonio! Por suerte para mí, mis parientes dejaron que hablase el mío; y gracias á la condescencia de mis buenos padres, soy feliz actualmente.

XCVIII

18 de Julio de 1818

M. de Vignet, el amigo de mi hijo, ha estado aquí unos días; acaba de ser llamado á París por el embajador de Cerdeña, marqués de Alfieri, á quien Alfonso conoce muchísimo. Esto es buen augurio para el porvenir diplomático de este joven, quien empezaba ya á descorazonarse. ¡Ah! ¡cómo quisiera yo ver á mi hijo entrar pronto en una carrera tan digna de él! Observo que misalud va languideciendo de algún tiempo á esta parte; yo creo que la causa de ello son los sufrimientos del corazón y de espíritu ocasionados por los contratiempos que mis hijos están sufriendo. Es preciso que sobre esto reflexiones detenidamente. Pronto cumpliré cincuenta y dos años, y como quiera que no he sido de compleción fuerte, necesito de mayores cuidados que muchas otras; esto debería aumentar mi piedad y hacer que me ocupase solamente de Dios. En lugar

de esto, parece que mi alma participa de las debilidades de mi cuerpo, porque encuentro que me faltan ó se debilitan en mí aquellos sentimientos vivos que penetran el alma y la elevan al cielo, haciéndonos felices en todas las situaciones de la vida; me siento fría, é insensiblemente arrastrándome sobre la tierra. ¡Oh! no es esta la vejez que se necesita para preparar el alma. Entre tanto ¡Dios mío! mi voluntad se dirige todavía hacia vos, sostenedme y haced que pueda daros todo lo que me resta!... ¡Ay! ¡qué pobres é indignas de vos son mis ofrendas!

XCIX

25 de Julio de 1818

Nos hallamos en la casa de mi buen cuñado el abate Lamartine, que se encuentra enfermo. Continuamente está haciendo regalos á mis hijas, y para después de su muerte ha legado á Alfonso está propiedad de Montculot, que aun con un gravamen de doscientos mil francos, le servirá acaso de ayuda el día que necesite casarse.

C

4 de Agosto.—*En el parque de Montculot, al lado de la FUENTE FAYARD.*

Esta fuente, pintoresca y apacible como una de la Arcadia, fué celebrada en mis composiciones titulada *Armonias* con el nombre de

LA FUENTE DEL BOSQUE

¡Oh! fuente cristalina.—Que saliendo de la roca.—Formando hermosa cascada.—Bañas el florido

prado.—Y en el mármol de Carrara.—Murmuras con impaciencia.—Por salir á la pedrera.—El delfin que oculto entre la hiedra.—Arrojaba por la nariz la blanca espuma, ha desaparecido.—Centenarias hayas que prestan su sombra.—Al lecho por donde juegas en ondas—Te sirven de templo.—Y de corona, las hojas secas de otoño y el verde musgo.—La vieja pila de mármol ha sido destrozada.—Pero tú, siempre generosa.—Devuelves bien por mal á los que te ofendieron.—Ofreciéndoles la frescura de tus aguas, limpias como el cristal.—Cuando veo filtrarse cual rocío entre los gujarros.—Las gotas cristalinas formando mil colores.—Las ideas de mi niñez vuelven á mi imaginación.—Y los recuerdos del pasado, me llenan de tristeza.—¿Cómo quieres que no busque á tu lado alegrías y tristezas?—Mudo testigo que recuerdas hechos y edades pasadas?—¿Cuántos lances has mezclado en tus murmullos!—¿Cómo han corrido mis pensamientos tras de tus ondas!—Aquí me tiene otra vez, fuente deliciosa.—Yo soy aquel que en otro tiempo turbaba tu tranquilidad, con regocijo infantil. Yo soy quien á la sombra de los árboles que te rodean, soñé con la gloria, cuya senda veo hoy ocultar por negros nubarrones.—Mientras lloro ausencias y muertes.—Reclina la cabeza sobre las piedras que te circundan.—Yo soy aquel, que rendido de cansancio.—Llegó á tí, con el rostro oculto entre las manos.—Derramando lágrimas que empañan tu pureza cristalina.—A confiarte tus pesares; porque tú sola contestas á tus lamentos.—A escuchar las armonías que producen tus cascadas.—Pero ¡ah! que no pueden tus